

XV

EL HOMBRECILLO ROJO

Casi todos los sábados iba de tertulia á casa del príncipe Montfort, única casa verdaderamente francesa que existe en Florencia; única casa verdaderamente parisien que hay en toda la Italia.

Una noche que habíamos conversado mucho sobre la vida privada del emperador, sus costumbres, sus manías, y sus supersticiones, pregunté al príncipe que se podía creer del hombrecillo rojo.

— Frecuentemente he oído hablar en casa de mi hermano de aquella singular aparición, me dijo: pero aseguro que jamás he visto al extraño personage que se dice haber estado tres veces en comunicacion con el emperador; la primera en Damanhour en Egipto, la segunda en las Tullerías, en el momento en que se decidió la

desgraciada campaña de Rusia, y la tercera en la noche que precedió á la batalla de Waterlóo. Pero en mi lugar añadió el príncipe riendo, he aquí la princesa Galitzin que sabe acerca de él cosas moravillosas, que le han sido contadas por su anciano amigo Zaionczek.

Todas las miradas se dirigieron á la princesa.

Es preciso decir, y no hablo aquí sino para los que no han tenido el honor de conocerla, es preciso decir que la princesa Galitzin, polaca, y por consecuencia compatriota del famoso general cuyo nombre acababa de pronunciar el príncipe, es una de las mujeres mas amables y de mas imaginacion que conozco. Cuando pasábamos la noche en su casa y en la del príncipe Wladimir, su hijo, de los que hablaré en su tiempo y lugar, es imposible decir que giro tan original tomaba la conversacion, haciendo que á las tres ó las cuatro de la mañana creyésemos que no eran todavía mas que las doce. La princesa de Galitzin que, ademas, hablaba muy bien el francés, fué pues instada para que relatara al momento mismo todo lo que sabia sobre el hombrecillo rojo, y su compatriota Zaionczek.

Quisiera poder conservar el giro original que la princesa dió á esta relacion, que acaso no tenga otro valor que el que ella le daba; pero es imposible, y será preciso que por el momento nuestros lectores se contenten con mi sencilla prosa.

Bonaparte puso el pié sobre la tierra de Egipto en la noche del 1 al 2 de Julio, á la una de la madrugada, despues de tomar á Malta como una bicoca, y haber pasado por milagro en medio de la escuadra inglesa. Al dia siguiente la ciudad de Alejandria fué tomada, y el nuevo César se desayunó al pié de la columna de Pompeyo.

El general en gefe habia entrado en la ciudad por un camino estrecho, acompañado únicamente de algunas

personas, y de cinco ó seis guías. Dos personas podían apenas pasar de frente por aquella callejuela. Bourrienne marchaba á su lado muy unido á él, cuando de repente sonó un tiro y el guía que iba delante de Bonaparte cayó. Aquel tiro había sido disparado por una mujer. Poco faltó, como se ve, para que Bonaparte no concluyese como Ciro.

Bonaparte permaneció seis días en Alejandría: aquellos seis días le bastaron para organizar la ciudad y la provincia; el sétimo marchó hácia el Cairo, por el camino por el cual Desaix le había precedido, dejando á Kléber herido, el mando de la ciudad conquistada.

El 8 Bonaparte llegó á Damanhour, y estableció su cuartel general en casa del cheik. Apenas instalado en aquella casa que era grande, aislada, y delante de cuya puerta se elevaba un sicomoro de espeso follage, previno Bonaparte á Zaionczek, que mandaba á las órdenes de mi padre una brigada de caballería, tomase cien cazadores y verificase un reconocimiento exacto en el camino de Rhamaniech.

Aunque Zaionczek es bien conocido, digamos rápidamente algunas palabras sobre este general, cuya fortuna fué una de las brillantes fortunas de la época.

Zaionczek nació el 1.º de Noviembre de 1752: era pues hácia la época á donde llegamos, es decir el año IV de la república francesa, un hombre de cuarenta y cinco años á poco mas ó menos. Los primeros años de su vida se habian pasado en medio de las guerras de la independencia polaca, en las que peleó bajo las órdenes de Kosciusko y á su lado; despues de la confederacion de Tangowitza, al pie de la que el rey Estanislao había tenido la debilidad de poner su firma, Zaionczek se despidió del ejército polonés, y se retiró al extranjero con Kosciusko y José Poniatowski; pero al principio del

año 1794 habiendo estallado una insurreccion en Polonia, los proscritos volvieron á reaparecer mas grandes con su proscripcion. Entonces comenzó esa nueva lucha de Polonia, tan gloriosa, tan ingrata y tan fatal á la nacionalidad polaca, como lo había sido la de 1791, y como debía ser la de 1830. El 4 de Noviembre Varsovia fué tomada por Souwarow: los generales Lasinski, Korsak, Paul Grabowski y Kwasniewki fueron encontrados entre los muertos, y Zaionczek llevado moribundo del campo de batalla, fué á espiar durante dos años en la fortaleza de Josephstad, de donde no salió hasta la muerte de Catalina, la parte que había tomado en la insurreccion de su patria.

Zaionczek, proscrito de Polonia vino á Francia, esta eterna tierra de los proscritos, que ha dado asilo alternativamente á los reyes y á los pueblos, y pidió entrar en el servicio de los ejércitos republicanos. Enviado á Italia con el grado de general de brigada, había hecho en 1797 con Joubert y mi padre, la campaña del Tirol.

Cuando se decidió la campaña de Egipto, y mi padre fué nombrado general en jefe de la caballería, escogió á Zaionczek, por uno de sus generales de brigada.

He aquí cual había sido hasta allí la vida del patriota polaco: vida gloriosa, pero perseguida: por lo demas, como ciertos generales cuya mala suerte ha llegado á ser proverbial, Zaionczek no podía presentarse ante el fuego sin ser herido: podía contar las batallas á que había asistido, por el número de sus cicatrices.

Zaionczek se puso á la cabeza de sus cien cazadores, y avanzó por el camino de Rhamanieh. Apenas hubo andado una legua, cuando distinguió un cuerpo como de quinientos mamelucos: Zaionczek los cargó y los mamelucos se dispersaron.

Zaionczek los persiguió un instante, pero tanto valia

seguir á un torbellino de arena, como intentar alcanzar una nube; los árabes desaparecieron en el desierto, su eterno y constante aliado.

Zaionczek anduvo otra legua, pero no vió ni un caballo: volvió pues á Damanhour.

Llegado delante de la casa del cheik, donde estaba alojado el general en jefe, quiso entrar, pero el ayudante de campo Croisier y el general Desaix se lo impidieron.

Bonaparte estaba con el hombrecillo rojo.

Zaionczek preguntó quién era el hombrecillo rojo; pero Croisier y Desaix no sabian mas sobre ello que lo dicho: Bonaparte habia dicho solamente:

— Espero al hombrecillo rojo, le dejareis pasar.

Media hora despues un turco, apenas de cuatro pies, con la barba y las cejas rojas, y vestido con una túnica encarnada, se habia presentado á la puerta: habia al punto, segun la órden recibida, sido introducido cerca de Bonaparte, donde estaba todavia en aquel momento.

Muchos oficiales generales se unieron el grupo que formaban Croisier, Desaix y Zaionczek; porque la extraña aparicion de aquel ser desconocido y algo fantástico, preocupaba todos los ánimos.

En este momento salió Bourrienne: como era entonces el secretario íntimo de Bonaparte, le abrumaron á preguntas acerca del hombrecillo rojo; pero Bourrienne que estaba encargado de hacer espedir un correo á Kléber, se contentó con responder:

— Parece que es un hechicero turco que viene á decir la buena ventura al general en jefe.

Y continuó su camino.

Como se comprende bien, semejante respuesta no era para satisfacer la curiosidad de los circunstantes; la creencia de Bonaparte en el fatalismo era sabida: se

empezaban á contar profecias que le habian hecho en su infancia y que le prometian una alta fortuna; habia ya, con sus mas íntimos, hablado dos ó tres veces de su estrella. Aquella estrella, él solo la veia; pero todos empezaban á creer en ella.

Asi los jóvenes oficiales, de los que algunos á la edad de veinte ó veinte y cinco años, habian llegado ya al grado de coronel ó de general de brigada y de division, bajo el mando de un general en jefe de veinte y ocho años, y que por tanto tambien ellos veian algo de alta fortuna, decidieron no dejar pasar al hombrecillo rojo sin interrogarle, deseosos de saber si acompañarian en su resplandeciente revolucion al astro de que ellos eran los satélites.

Asi, como se les habia prevenido que el hombrecillo rojo era hechicero, formaron un gran círculo á la puerta, á fin de que no pudiera escapárseles; cosa que, despues de las disposiciones tomadas por los mejores estratégicos de la época, no podia suceder sino en el caso de que volase al cielo ó se hundiese bajo de tierra.

El hombrecillo rojo salió. Era efectivamente como se ha dicho, y su barba y su traje justicaban perfectamente el nombre que se le habia dado. De ningun modo pareció admirado de ver las disposiciones tomadas para bloquearle, y no pareció desear librarse de los que le vigilaban; antes al contrario, deteniéndose en el umbral de la puerta:

— Ciudadanos, dijo adoptando el lenguaje en uso en aquella época, me aguardais para que os refiera el porvenir de la Francia y el vuestro. El porvenir de la Francia acabo de decirlo á vuestro general en jefe; el vuestro, que se adelanten tres de vosotros, y lo diré.

Croisier, Desaix y Zaionczek se apresuraron á avanzar.

Los demas circunstancias quedaron en su sitio.

— Hay un precepto de vuestra religion, añadió el hombrecillo rojo, que dice que los primeros serán los últimos: permitidme invertir este principio y decir que los últimos serán los primeros.

Y se adelantó hácia Croisier, que no era sino ayudante de campo.

Croisier le tendió la mano.

El hombrecillo rojo la examinó y meneó la cabeza.

— Te se llama bravo entre los bravos, dijo, y esa es la verdad. Sin embargo, habrá un día, una hora, un momento, en que tu valor te abandonará, y pagarás ese momento con tu vida.

Croisier retrocedió con la sonrisa del desden en los labios.

El hombrecillo rojo avanzó hácia Desaix: el jóven general no aguardó á que se lo dijeran, y estendió la mano.

— Saludo, dijo el adivino, al vencedor de Kehl, que antes de quince dias habrá unido su nombre aun á otra victoria. Tres jornadas te harán inmortal; pero desconfía del mes de Junio, y guárdate del despojo de Marengo.

— Eres muy confeso, amigo hechicero, dijo riendo Desaix; ¿y cuánto tiempo pides para que tus predicciones se realicen?

— Dos años, respondió el profeta.

— ¡Enhorabuena! respondió Desaix; entonces no está muy distante y se puede esperar.

El hombrecillo rojo avanzó hácia Zaionczek, que á su vez le tendió la mano.

— En fin, dijo, he aqui una de esas manos de las que yo deseo examinar, un horóscopo de los que deseo pre-

decir, un porvenir glorioso que me es muy dulce unir á un glorioso pasado.

— ¡Diablo! dijo Zaionczek, he aqui un exordio que promete.

— Y que sucederá, dijo el hombrecillo rojo.

— Si, si alguna bala ó alguna granada no se lo lleva consigo.

— En efecto, dijo el adivino, tienes desgracia con la pólvora, y si no me equivoco, has recibido ya siete heridas.

— ¡Esa es, á fé mia, mi cuenta! dijo Zaionczek.

— Si, tienes razon.... y sin embargo, seria una desgracia. Treinta años mas que vivir, veinte campos de batalla que atravesar, un vireinato que esperar: si, todo eso puede, como dices, ser destruido por una bala que se estravie, ó por una granada que se engañe. Si, tienes razon, si, veo el peligro, existe, amenaza. Pero.... pero escucha: tu destino es uno de esos destinos que importan, no solo á una familia, sino á un pueblo. ¿Tienes confianza, Zaionczek.

— ¿En qué? dijo el general.

— En lo que yo te digo.

El polaco se sonrió.

— Por lo que hace al pasado, me has dicho exactamente la verdad; pero mi pasado pertenece á la Europa y no es difícil de conocer. Sin embargo, si es preciso creer.... ¡y bien! yo creeré.

— Cree, Zaionczek, dijo el adivino; tambien él cree.

Y estendió la mano hácia la habitacion que ocupaba Bonaparte.

— Y bien, ¿qué es preciso creer?

— Es preciso creer mis palabras. Como te he dicho, hay un dia, un hora, un momento que amenaza tu gloriosa vida: pasado ese momento, nada tienes que

temer; pero ese momento no te puedo decir cuando será.

— Entonces, dijo Zaionczek, tu aviso, convendrás en ello, no me proporciona un gran recurso.

— Sí, porque yo puedo preservarte de ese peligro.

— ¿Y cómo es eso?

— Vas á verlo.

El hombrecillo rojo hizo seña á un tambor de acercar su caja y dejarla en el suelo: despues se arrodilló delante del sonoro instrumento, y sacó de su cinturón un tintero, una pluma y un pedazo de pergamino sobre el que se puso á escribir, en un idioma desconocido, algunas palabras con tinta roja.

— Ten, dijo entonces el adivino levantándose y alargando á Zaionczek el precioso pergamino; he aquí el talisman que te he prometido: tómale, llévale siempre contigo, no le abandones en ninguna circunstancia, y no tendrás nada que temer de las balas ni de las granadas.

Todos los presentes se echaron á reir, y como ellos Zaionczek.

— ¿No le quieres? dijo el hombrecillo rojo frunciendo las cejas.

— Si tal, si tal, exclamó Zaionczek. ¡Diablo! ¡Qué susceptibilidad! Y dime pues, querido adivino, ¿no debo abandonar nunca este pergaminito?

— Ni un instante.

— ¿Ni de día ni de noche?

— Ni de día ni de noche.

— ¿Y si por casualidad le dejase?

— Perderia su virtud contra el peligro de que está encargado de preservarte.

— Gracias, dijo Zaionczek dando vueltas al talisman entre sus manos. ¿Y qué necesitas por esto?

— Cree, dijo el hombrecillo rojo, y estaré recompensado.

Entonces el adivino hizo seña con la mano de que le abriesen paso: todos se separaron con un sentimiento de terror supersticioso que no fueron dueños de reprimir, y le siguieron con la vista hasta que desapareció tras la esquina de una casa.

Ninguno de los que le vió aquel día allí le volvió á ver jamás, excepto Bonaparte.

Pero he aquí lo que sucedió.

A la mañana siguiente, mientras que Bonaparte dictaba á Bourrienne algunas órdenes que Croisier se apresuraba á llevar, el general en jefe distinguió por las ventanas abiertas un pequeño destacamento de árabes que venia insolentemente á reunirse al cuartel general. Era la segunda vez que los mamelucos se permitian semejante burla: esto impacientó al general en jefe.

— Croisier, dijo sin interrumpir lo que hacia, tomad algunos guias y cazadme esa canalla.

Salió al punto Croisier, tomó quince guias, y se lanzó en persecucion de los árabes.

Oyendo el galope de los caballos que partian, Bonaparte se interrumpió, y yendo á la ventana para examinar lo que iba á pasar:

— Veamos un momento, dijo á Bourrienne, como se baten esos famosos mamelucos, que los diarios ingleses afirman ser la mejor caballeria del mundo; son cincuenta; no me desagrada que á la vista del ejército, mi bravo Croisier les dé caza con sus quince guias. Y exclamó como si Croisier hubiese podido oírle. — ¡Vamos, Croisier! ¡adelante! ¡adelante!

En efecto, el joven ayudante de campo avanzaba á la cabeza de sus quince guias; pero sea que la inferioridad

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

18625 MONTERREY, MEXICO

del número intimidase á la pequeña escolta, Croisier y sus hombres cargaron con flojedad, lo que no impidió que los árabes se replegasen. Temiendo sin duda que el enemigo quisiese atraerle á una emboscada, Croisier en lugar de perseguirlos vencedor, se detuvo en el sitio mismo de donde los habia desalojado. Esta vacilacion volvió el valor á los mamelucos que cargaron á su vez, los guías se replegaron.

Bonaparte se puso pálido como la muerte; se mordió sus labios delgados y palidieron. Llevó por un movimiento maquinal la mano al puño de su espada, y continuó, como si su ayudante de campo hubiese podido oírle, exclamando con voz sorda:

— ¡Pero adelante, pues! ¡Pero cargad, pues! ¿Pero qué hacen?

Y con un movimiento de cólera terrible cerró la ventana.

Un instante despues, entró Croisier; iba á anunciar á Bonaparte que los árabes quedaban dispersos: halló solo al general en jefe.

Apenas la puerta se cerró tras Croisier, cuando se oyó resonar la voz áspera de Bonaparte. Lo que pasó entre los dos nadie lo sabe, sino lo que únicamente se sabe es que el jóven saltó con lágrimas en los ojos diciendo.

— Está bien. ¡Ah! se duda de mi valor; pues bien, yo me haré matar.

Durante diez meses, en Chebreisse, en las Pirámides, en Jaffa, Croisier hizo lo que pudo por cumplir la palabra que habia dado. Pero el bravo jóven tenia placer en arrojarle como un insensato en medio del peligro; el peligro se estremecía de gozo, tenia placer; extraño amante en hacer el amor á la muerte y la muerte no le queria.

En fin, llegó el sitio de San Juan de Acre: tres asaltos tuvieron lugar: en cada uno de esos asaltos, Croisier que acompañaba al general en jefe en la trinchera, se habia espuesto como el último soldado; pero hubiérase dicho que habia hecho un pacto con las balas y las granadas: cuanto mas desesperado estaba el jóven, mas invulnerable parecia.

Y Bonaparte se quejaba de su temeridad y le amenazaba con enviarle á Francia.

En fin, llegó el asalto de 10 de Mayo. A las cinco de la mañana, el general en jefe se hallaba en la trinchera; Croisier le acompañaba.

Era un asalto decisivo: ó á la noche estaba la ciudad tomada, ó á la mañana siguiente se levantaria el sitio. Croisier no tenia ya sino esta ocasion de hacerse matar: resolvió no perderla.

Entonces, y sin necesidad, subió á una batería y se espuso enteramente al fuego del enemigo.

Al punto Croisier fué el objeto de todos los tiros: el blanco humano no estaba á ochenta pasos de las murallas.

Bonaparte le vió. Desde el dia fatal en que se habia dejado llevar de su cólera, se habia apercebido de que el jóven herido en el corazon no deseaba mas que morir. Aquella desesperacion del bravo, le habia lastimado mas de una vez profundamente y habia intentado frecuentemente con elogios hacer olvidar á su ayudante de campo las palabras de reconvencion que se le habian escapado. Pero á cada una de aquellas satisfacciones, Croisier sonreia amargamente, y no contestaba.

Bonaparte que examinaba algunos trabajos se volvió y le vió de pie sobre la batería.

¡Y bien! Croisier, exclamó: ¿qué haceis ahí? Bajad,

Croisier, yo os lo mando: ¡Croisier, ese no es vuestro sitio!

Y á estas palabras, viendo que el desatentado jóven no se meneaba, se adelantó para hacerle bajar á la fuerza.

Pero en el momento en que estendia los brazos hacia Croisier, el jóven se tambaleó, y cayó hácia atrás diciendo:

— ¡Por fin!

Se le recogió: tenia una pierna rota.

— Entonces será mas largo que lo que yo creía, dijo cuando se le trasportó al campo.

Bonaparte le envió su propio cirujano. Este no juzgó necesaria la amputacion, y tuvo esperanza no solo de salvar la vida del jóven, sino aun salvarle la pierna.

Cuando se levantó el sitio, Bonaparte dió las órdenes mas terminantes para que nada le faltase al herido. Se le colocó sobre una camilla y diez y seis hombres, relevándose de ocho en ocho, le llevaban alternativamente.

Pero entre Gazah y El-Arych, Croisier murió del tétano.

Asi se cumplió la primera prediccion del hombrecillo rojo.

Pasemos á Desaix.

Desaix despues de haber hecho maravillas en las Pirámides, Desaix despues de haber recibido de los mismos árabes el título de Sultan Justo, dejó el Egipto y pasó á Europa, donde Bonaparte le habia precedido.

El hombre del destino seguia el curso de la fortuna pronosticada: habia hecho el 18 Brumario; era primer cónsul y veia en lontananza el trono.

Una gran batalla podia dársele: Bonaparte habia decidido reproducir otra Pharsalia en las llanuras de Marengo.

Desaix se habia reunido al primer cónsul en la Stradella: Bonaparte le habia recibido con los brazos abiertos y le habia confiado una division encargándole marchase sobre San Guuliano.

El 14 de Junio á las cinco de la mañana el cañon austriaco despertó á Bonaparte y le atrajo al campo de batalla de Marengo, que debia perder y volver á tomar en la misma jornada.

Conocidos son los detalles de aquella batalla perdida á las tres, y ganada á las cinco

A las cuatro el ejército francés estaba en retirada; retrocedia paso á paso, es verdad; pero retrocedia.

Lo que esperaba Bonaparte nadie lo sabia; pero viéndole volverse de cuando en cuando hácia San Guuliano todos sospechaban que aguardaba alguna cosa.

De repente un ayudante de campo llegó á galope tendido anunciando que aparecía una division por la altura de San Guuliano.

Bonaparte respiró: es Desaix y la victoria.

Entonces Bonaparte desenvaina su sable que no habia sacado en todo el dia, aquel mismo sable que de vuelta de la campaña dió á su hermano Gerónimo para consolarle de no haberle llevado consigo; y alzando el brazo dejó oír la palabra: — ¡Alto!

Esta palabra eléctrica, esta palabra tan largo tiempo esperada corrió por el frente de toda la linea y todos se detuvieron.

En el mismo momento Desaix llega á galope adelantándose á su division; Bonaparte le enseña la llanura cubierta de cadáveres, todo el ejército en retirada y á trescientas toesas delante la guardia consular que por obedecer la orden dada se mantiene firme como un reducto de granito.

Despues cuando los ojos de su compañero de armas

han vagado sucesivamente de una á otra ala dirigiendo sus miradas de nuestro ejército, al ejército enemigo :

— Y bien, le dijo Bonaparte, ¿qué piensas tú de la batalla?

— Pienso que está perdida, dijo Desaix sacando su reloj; pero no son mas que las tres y tenemos tiempo de ganar otra.

— Ese es tambien mi parecer, respondió Bonaparte. Despues, pasando por el frente de la línea.

— ¡Gamaradas! exclamó en medio de las granadas que cubrían á él y á su caballo de tierra; bastantes pasos hemos dado á retaguardia; ha llegado el momento de marchar adelante. ¡Adelante, pues! y recordad que mi costumbre es dormir en el campo de batalla.

Entonces los gritos de ¡viva Bonaparte! viva el primer cónsul! se oyen por todas partes, y no se distinguen sino por el ruido de los tambores que dan el toque de carga.

Desaix pide la venia á Napoleon y separándose de él le dijo adios.

— ¿Por qué adios? dijo el primer cónsul.

— Porque desde hace dos años que estoy en Egipto, dijo Desaix sonriendo con melancolia, las batallas y las granadas de Europa no me conocen.

He ahí lo que Desaix dijo en voz alta; despues en voz baja repitió las palabras del hombrecillo rojo :

— Teme el mes de junio, y guárdate del despojo de Marengo.

Pero las órdenes de Bonaparte se habian seguido tan pronto como se habian dado. Con un solo movimiento nuestras tropas vuelven á tomar la ofensiva en toda la línea. Oyóse el fuego granado de la fusileria, el estampido del cañon, y resuena el terrible paso de carga acompañado por la Marsellesa; una bateria establecida

por Marmont se descubre y vomita fuego; lanzase Kellerman á la cabeza de tres mil coraceros, y hace temblar la tierra bajo el galope de sus herrados caballos; Desaix, que se embravece con el ruido y el humo, salta los fosos, atraviesa los parapetos, llega sobre una pequeña eminencia y se vuelve para ver si su division le sigue.

En aquel momento una bala parte del lindero de un bosquecillo, y Desaix herido en el corazon, cae sin pronunciar una palabra.

Era el 14 de junio, y la tradicion cree todavia hoy que el funesto disparo fué hecho por el cura de Marengo.

Así se cumplió la segunda predicción del hombrecillo rojo.

Pasemos ahora á Zaitonczek.

Zaitonczek habia quedado en Egipto: supo la muerte de Croisier en San Juan de Acre, y la de Desaix en Marengo: era exactamente lo que habia predicho el adivino turco: de suerte que Zaitonczek, sin decir á nadie nada de él, comenzó comprender el verdadero valor de su talisman; tanto que á cada esquina del pergamino hizo coser una cinta negra, y desde el día en que supo la muerte de Desaix, llevó el preservativo colgado al cuello.

Despues de la capitulacion firmada con la Inglaterra para la evacuacion del Egipto, capitulacion á la cual Zaitonczek se habia opuesto el tercero, el patriota polaco volvió á Francia. En 1805 mandó una division en el campo de Boulogne y despues en el ejército de Alemania: al fin en 1808 los polacos, habiendo vuelto á tener la esperanza, tantas veces frustrada, de volver á recobrar su independencia, acudieron de todas partes de la tierra donde se hallaban dispersos. En efecto, el tratado de

Tilsitt reunió algunos restos de la antigua Polonia, con los que se formó el ducado de Varsovia. Zaionczek tuvo parte entonces en las donaciones imperiales, y se le asignó un dominio en el palatinado de Kaloi.

Pero no era aquella todavía la alta fortuna que le estaba prometida por las predicciones egipcias: Napoleón no había hecho por Zaionczek sino lo que hizo por tantos otros, y su dominio no era un vireinato.

Sin embargo, preciso es decirlo, tal suerte había acompañado á Zaionczek de 1789 á 1811, que aquel favorito de la metralla que no podía esponerse al fuego sin ser herido, no había recibido ni un arañazo, hacia trece años.

Resultaba de esto que, sin decirlo á nadie, Zaionczek tenía la mas grande confianza en su talisman y nunca lo abandonaba.

La guerra de Rusia se declaró: se formaron tres divisiones polacas: la primera bajo las órdenes de Poniatowski, la segunda á las órdenes de Zaionczek, y la tercera á las de Dombrowski.

Zaionczek asistió á los combates de Witepsk, de Smolensk y de la Moscowa; por todas partes le acompañaba la misma suerte: las balas agujereaban sus vestidos, la metralla silbaba en sus oídos, las balas rusas removían la tierra bajo los pies de sus caballos, y Zaionczek parecía invulnerable.

Después vino la retirada.

Zaionczek asistió á todas las peripecias de aquella retirada: es verdad que sus soldados mejor habituados que los nuestros á aquel invierno ruso, que es casi su invierno sufrieron el frío, la desnudez y el hambre mejor que nosotros. Zaionczek dió, á pesar de sus sesenta años, porque el hombre de Damanhour se había hecho viejo en medio de todos esos grandes acontecimientos,

Zaionczek, decimos dió el ejemplo de la abnegación y del valor, y volvió á pasar sucesivamente Viazma, Smolensk, Orcha, desafiando el hambre, el frío, la metralla, los cañonazos de Kutusaf y las lanzas de los soldados de Platow, sin parecer sufrir en aquel horroroso desastre que diezmaba el ejército, y sin haber recibido ni un arañazo, y el 25 de Noviembre por la noche llegó á orillas del Beresina.

Allí sus soldados, porque en medio de aquella terrible retirada en la que nadie tenía ya soldados, Zaionczek los conservaba todavía, allí sus soldados, decimos se apoderaron de una casa del pueblo de Studzianka. Zaionczek, que hacia mas de tres semanas se había acostado sobre la nieve envuelto en su capa, pudo al fin echarse sobre un lecho de paja y al abrigo de un techo.

La noche se pasó llena de ansiedad; el enemigo estaba acampado en la orilla opuesta; toda una division enemiga mandada por el general Tchaplitz estaba allí defendiendo aquel paso: atravesar á viva fuerza era casi imposible; pero desde el principio de aquella desgraciada campaña se habían hecho tantas cosas imposibles, que se contaba con milagros.

A las cinco el general Eblé había llegado con sus pontoneros y un arcon lleno de hierro de ruedas, del que había hecho abrazaderas. Este furgon encerraba el único y último recurso del ejército: era preciso echar un puente en el fangoso lecho del Beresina, del que la corriente de las aguas había hecho desaparecer los vados, y que arrastraba gigantescos témpanos de hielo. Este puente era el único paso que debía conducir al emperador al imperio, y al resto del ejército á Francia.

Una bala de cañon podía romper aquel puente, y entonces todo estaba perdido.

Habia sobre las alturas opuestas treinta piezas de artillería en batería.

Eblé y sus pontoneros descendieron por el río con el agua hasta el cuello.

Trabajaban á la luz de los fuegos enemigos y á un tiro de fusil escaso de las avanzadas rusas.

Cada martillazo debía oírse en el cuartel general de Tchaplitz.

A media noche despertó Murat á Zaiónczek. El rey de Nápoles y el general polaco hablaron diez minutos, despues de lo cual Murat volvió á partir al galope.

Napoleon esperaba el día en una de las casas situadas á la orilla : no habia querido acostarse. Murat entró en la casa : le halló levantado.

— Señor, le dijo, V. M. sin duda ha examinado bien la posición del enemigo.

— Sí, respondió el emperador.

— V. M. entonces ha reconocido que el paso bajo el fuego de una división dos veces mas fuerte que nosotros, es impracticable.

— Casi, casi.

— ¿Y qué decide V. M.?

— Pasar.

— Quedaremos allí hasta el último.

— Es probable, pero no tenemos camino que elegir.

— Para un ejército no, pero para quinientos hombres sí.

— ¿Qué queréis decir?

— Que vengo de conferenciar con Zaiónczek.

— ¿Y qué?

— ¡Y bien! Zaiónczek responde de V. M., si V. M. quiere fiarse en sus polacos. Conocen un vado practicable; saben caminos desconocidos á los rusos mismos; en cinco días estarán con V. M. en Wilna.

— ¿Y el ejército?

— Se perderá, pero vuestra magestad se habrá salvado.

— Eso es una fuga y no una retirada, Murat. Permaneceré con el ejército que me queda; nuestro destino será comun. Pereceré con él, ó se salvará conmigo. Os perdono esa proposición, Murat, es todo lo que puedo hacer.

Y el emperador volvió la espalda á su cuñado.

Murat se aproximó á él para hacer una última tentativa.

— He dicho, replicó Napoleon volviendo la cabeza con ese tono que en él significaba que no admitia réplica.

Murat se retiró.

Pero se olvidó de ir á decir á Zaiónczek que Napoleon rehusaba la proposición que le habia hecho.

Hasta las tres de la mañana Zaiónczek veló; pero á aquella hora viendo que ninguna noticia le llegaba del cuartel general, se echó en su cama de paja y se durmió.

Al amanecer, un ayudante de campo le despertó entrando precipitadamente en su aposento.

Zaiónczek se despertó sobresaltado creyendo que el enemigo atacaba, y segun su costumbre se llevó la mano al cuello para asegurarse de que su talisman estaba allí.

Durante la noche una de las cintas que le sostenian se habia roto.

Zaiónczek llamó á su ayuda de cámara y le mandó se le volviera á coser.

En este intervalo el ayudante de campo le referia las causas de su entrada precipitada.

El enemigo iba en plena retirada.

Tchaplitz habia sido engañado por una falsa demos-

tracion mandada hacer por el emperador hácia Oukaholda. Tchaplitz se alejaba como para entregarnos el paso.

Era increíble.

Así Zaionczek sin pensar mas en su talisman se lanzó fuera de la casa y pidió su caballo para ir á reconocer la ribera del río.

Se le trajo el caballo, montó en él y se dirigió hácia el sitio donde se encontraba el emperador. Al cabo de diez minutos se reunió con él.

Lo que habia dicho el ayudante de campo era cierto.

Los vivacs enemigos estaban abandonados; los fuegos se habian apagado. Se veia la retaguardia de una larga columna que marchaba hacia Borisof. Un solo regimiento de infantería quedaba con doce piezas de cañon; pero unas despues de otras aquellas piezas desmontadas abandonaban su posicion y se formaban en retirada.

La última, viendo un grupo numeroso, hizo fuego al retirarse.

La bala cayó en medio del grupo y Zaionczek y su caballo rodaron á los pies del emperador.

Se echaron sobre ellos: el caballo estaba muerto; Zaionczek estaba herido en la rodilla.

Era la primera vez que salia herido despues de catorce años.

El emperador hizo llamar á Larrey no queriendo confiar la vida de su antiguo camarada mas que á la mano práctica del ilustre cirujano.

Allí como en Rívoli, como en las Pirámides, como en Marengo, como en Austerlitz, como en Friedland, Larrey, siempre pronto, acudió.

Zaionczek y él, eran antiguos amigos.

Larrey examinó la herida y juzgó indispensable la amputacion.

Larrey no era hombre de ingeniosos preparativos é iba derecho al fin; en el campo de batalla el cirujano no tiene tiempo de conversacion; los moribundos le esperan para no morir.

Alargó la mano á Zaionczek.

— Valor, mi antiguo camarada, le dijo; vamos á desembarazarnos de esta pierna que á no ser así pudiera muy bien desembarazarse de vos.

— ¿No hay medio de conservármela? preguntó el herido.

— Mirad vos mismo y juzgad.

— El hecho es que está en mal estado.

— Pero vamos á hacerlo como á amigo; para todos es cosa de tres minutos, para vos serán dos.

Y Larrey comenzó á volverse las mangas de su uniforme.

— Un instante, un instante, dijo Zaionczek viendo á su ayuda de cámara que corria hácia él.

— ¡Oh! ¡amo mio! ¡mi pobre amo! exclamó el servidor llorando.

— ¿Mi talisman? preguntó Zaionczek.

— ¡Ah! ¡por qué le habeis dejado!

— Soy de tu parecer... he hecho un gran disparate; vuélvemele.

— Vamos general ¿estais pronto? dijo Larrey.

— Un instante, un instante mi querido amigo.

Y Zaionczek volvió á poner el talisman á su cuello y se le hizo atar sólidamente por su ayuda de cámara.

— Ahora, dijo, estoy pronto; operad.

Se estendió un lienzo por encima del herido, porque caía una nieve helada y sùtil, que al tocar su piel, le hacia tiritar á su pesar: cuatro soldados sostuvieron aquella tienda improvisada.

Larrey cumplió su palabra, á pesar del frio, y á pe-

sar de la dificultad de la posición; la operación duró apenas dos minutos.

Napoleon quiso que Zaionczek fuese trasportado sobre una de las primeras balsas que atravesaron el río. Llegó á la otra orilla sin accidente.

Los polacos se relevaban para llevarle sobre una camilla. La operación había sido tan admirablemente hecha, que el herido se libró de todos los accidentes que son de temer en semejante circunstancia. Durante trece días cuando tantos desgraciados quedaban abandonados á su suerte, los soldados de Zaionczek, desafiaron el hambre, el frío, y la metralla, antes que abandonarle. El décimo tercero día al fin entraron con él en la villa.

Allí fué tal la derrota, que no pudo continuar el ejército. El herido mandó á sus fieles camaradas le abandonasen : le dejaron en una casa donde le encontraron los rusos cuando llegaron.

Apenas Alejandro supo la buena presa que había hecho, cuando mandó que se tuvieran los mayores miramientos con el prisionero.

Zaionczek quedó en Wilna hasta su completo restablecimiento.

El tratado de París fué firmado : Alejandro dió al punto la orden de reorganizar el ejército polaco, del que confió el mando al gran duque Constantino.

Zaionczek fué llamado á él como general de infantería.

Un año despues, la parte de Polonia que había tocado á Rusia, fué erigida en reino. Alejandro que soñaba en la libertad de su vasto imperio, quiso hacer un ensayo dando una constitucion á la Polonia, y para acabar de popularizarse entre sus nuevos súbditos, nombró á Zaionczek su lugarteniente general.

Once años despues, el 28 de Julio de 1826, Zaionczek murió virey cuando Constantino, hermano del emperador, no era mas que general en jefe de la armada.

El ilustre anciano había, en medio de los hombres y de las dignidades, cumplido la edad de setenta y cuatro años.

Así se cumplió la última predicción del hombrecillo rojo.

El talisman libertador, legado por Zaionczek á su hija, es cuidadosamente conservado en la familia, con la tradición, cuyo recuerdo perpetuará.